NÚÑEZ BELTRÁN, Miguel Ángel (coord.): *Synodicon Baeticum III: Constituciones conciliares y sinodales de las diócesis de Cádiz, Ceuta y Córdoba*. Universidad de Sevilla, 2017. 282 pp. + 642 (CD). ISBN 978-84-472-1872-1.

El presente volumen, *Synodicon Baeticum III*, analiza las constituciones conciliares y sinodales de las diócesis de Cádiz, Ceuta y Córdoba. Concretamente se recogen cuatro de la diócesis de Cádiz, una de la de Ceuta y nueve de la de Córdoba, englobando una cronología que abarcaría desde los siglos IX al XX.

En la Iglesia primitiva el lenguaje oficial era el griego, por lo que su terminología actual está llena de helenismos. Así el término *synodus*, o en otros documentos *sinhodus*, es una transcripción en caracteres latinos del vocablo griego. Éste, a su vez, etimológicamente se compone de una preposición más un sustantivo¹, y su significado responde a la idea de ‘camino en compañía’. El significante permanece, pero el significado usual del concepto *sinodo* se fue adaptando a las crecientes necesidades de una Iglesia, que como grupo humano comienza a organizarse y a precisar de un ropaje lingüístico culto, para nominar nuevas realidades². San Isidoro de Sevilla, en el Libro VI

de sus *Etimologías*, afirma que *sinodo* es un término griego que se traduce por “asamblea” o “reunión”, diferenciándolo de *concilio*, que es de cuño latino³.

Debemos tener presente que el ser humano se mueve siempre en dos planos diferenciados: el lingüístico y el de la realidad. La lengua nombra o bautiza una realidad ya existente, fruto de un momento histórico muy concreto, en el que confluyen condicionamientos de diversa índole. Conviene advertir que el término ‘sinodo’ se ha utilizado con bastante frecuencia en una acepción genérica, con la que se distingue indistintamente tanto a los concilios como a los sínodos diocesanos; incluso hoy se da a veces esa ambigüedad. El mismo Concilio Vaticano II, por citar un ejemplo concreto, se autocalifica de *sinodo* en algunas ocasiones⁴. Entre otros motivos, debido a la ausencia de una rigurosa elaboración doctrinal, resulta difícil distinguir los sínodos diocesanos de otras asambleas eclesíásticas en los documentos más antiguos⁵. Pero, lo que sí es cierto,

¹ Obsérvese que todos los compuestos de ‘*oðóζ*’ son siempre femeninos tanto en latín como en griego pero a pesar de ser así, en rigor filológico, la palabra *sinodo* pasa a nuestra lengua castellana como masculino.

² D. BOUIX, *Tractatus de Episcopo ubi et de Synodo dioeclesiana*, II, Parisiis 1859, 349.

³ SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, I, tr. por J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero, Madrid 1982, 595. También véase: R. NAZ, ‘Synode’, en *Dictionnaire de Droit Canonique*, VII, París 1965, col. 1134.

⁴ Así por ejemplo en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, observamos la frase “*este sacrosanto Sinodo*”, AAS 57 (1965) 5.

⁵ A. MARTÍNEZ BLANCO, ‘Significado y función de la sinodalidad en la Iglesia desde la perspectiva del sacramento del bautismo’, en *L’année canonique. Hors série, Actes du VII Congrès International de Droit canonique*, I, París-Unesco 1992, 98.

es que desde el comienzo del cristianismo algunos Apóstoles deben tomar decisiones colegiadas para la dirección de las comunidades.

En nuestro estudio hemos podido comprobar que los sínodos más antiguos corresponden a la Córdoba del Califato, ciudad en la que se desarrollaron cuatro concilios mozárabes: el del 839, en el que se condena la herejía de los acéfalos y sus errores; el del 852, en contra de los martirios voluntarios; el del 860, para tratar el tema de la penitencia impuesta a un caballero; y el del 862, para hacer frente a un problema dogmático-disciplinario.

De la Baja Edad Media tenemos la Constitución sinodal del Obispo de Córdoba don Martín Ruiz de Argote (1350-1362), el Sínodo de Cádiz de 1435 y el de Córdoba de 1496. Permiten conocer diversos aspectos como los sacramentos, especialmente la penitencia y comunión, además de los vicios del clero.

En la misma línea está el Sínodo de Córdoba de 1520, aunque su extensa normativa muestra la mentalidad reformadora del obispo Don Alonso Manrique de Lara, adelantándose incluso a los acontecimientos de Trento.

Imbuidos por la reforma tridentina encontramos el Sínodo de Ceuta de 1553, los de Córdoba de 1566, 1567 y 1569 y el de Cádiz de 1591.

El de Ceuta presenta un carácter más jurídico que pastoral, en consonancia con los sínodos provinciales

que se celebran por Europa en este tiempo. Los de Córdoba y el de Cádiz indican la necesidad de reformar la vida del clero, legislan sobre la doctrina cristiana, los sacramentos y los diezmos, entre otras cuestiones.

Una centuria posterior al Concilio de Trento, se convocará el Sínodo de Córdoba de 1662, indicándose muy detalladamente diversos aspectos jurídicos sobre los oficios de los clérigos y fundamentalmente los bienes temporales de la Iglesia, las primicias y los diezmos.

A la Edad Contemporánea pertenecen los sínodos de Cádiz de 1882, que tienen como fin exclusivo la organización jurídico-administrativa de la diócesis y el del año 2000, que continuará la línea innovadora de los sínodos tras la celebración del Concilio Vaticano II, pionero entre ellos el de Sevilla de 1973⁶.

Destacamos en todas estas constituciones sinodales que aparecen aspectos propiamente jurídicos, en concreto de Derecho Canónico, como la legislación matrimonial, la organización y el funcionamiento de los tribunales eclesiásticos, así como las penas derivadas de las distintas faltas o transgresiones. Hacer hincapié en la función de los tribunales eclesiásticos, en un contexto histórico en el que dichos tribunales tenían prácticamente el mismo valor que los civiles.

La publicación de este tercer volumen se acompaña de un CD, al igual que en los anteriores, donde se

⁶ L. SIVIANES FERRERA DE CASTRO, *"El Sínodo Hispalense de 1973 del cardenal Bueno Monreal, renovación eclesial a la luz del Vaticano II"*, (texto y CD) en SYNODICON BAETICUM II: Constituciones Conciliares y Sinodales del Arzobispado de Sevilla (siglos XIX-XX), Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 2012, p. 67-85.

transcriben todas las constituciones conciliares y sinodales.

Habiéndonos dedicado en los dos primeros volúmenes a la Archidiócesis de Sevilla, no cabe duda de que este tercero continúa en la misma línea, y, profundiza sobre un tema que

permite conocer no sólo la religiosidad y mentalidad del momento sino también aspectos jurídicos, sociales y económicos que aportan datos de un incalculable valor científico.

Lourdes Sivianes Ferrera de Castro